



Siguen presas 29 personas, a más de cuatro meses de la toma de Atenco

EMIR OLIVARES ALONSO ■ 14

Impulsan latinos en EU una política "transnacional"

DAVID BROOKS, ENVIADO ■ 25

Come on!, voz que sonó a los naufragos como una bendición

TANIA MOLINA RAMIREZ ■ 37

hoj



columnas

- NAVEGACIONES • PEDRO MIGUEL 4
- DOMINGO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA 6
- BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME 16
- A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER 18

opinión

- JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI 6
- ILÁN SEMO 20
- GUILLERMO ALMEYRA 20
- ANTONIO GERSHENSON 21
- ROLANDO CORDERA CAMPOS 21
- ARELI CARREÓN 24
- JAMES PETRAS 28
- ANGELES GONZÁLEZ GAMIO 34
- BÁRBARA JACOBS 5a
- LEONARDO GARCÍA TSAO 7a

EJE CENTRAL

Castillos de fuego

CRISTINA PACHECO

Cada septiembre el estallido de los primeros cohetes destrozaba la quietud y la adustez del pueblo enlutado por el plumaje de los tordos. En las ventanas aparecían como otra floración las banderitas de papel. Las recuas de mulas sacaban chispas en las calles empedradas que conducían al puente de piedra: apenas una joroba sobre un hilo de agua turbia.

En derredor de la plaza los alfareros exhibían ollas y juguetes de barro sobre tapescos de alfalfa. La calle principal se inundaba con el olor del pegamento utilizado por los cartoneros para confeccionar cascos, máscaras, cornetas, espadas. Bajo los arcos del mercado aparecían los músicos y los vendedores de tunas, tunas cardonas rojas, casi negras, atravesadas con púas de maguey.

Los últimos en llegar al pueblo eran los ferieros. Los niños y los perros les daban la bienvenida en la carretera y los seguían hasta el Jardín de la Soledad. Con aspecto de gitanos, entre gritos, los ferieros instalaban volantines, carruseles y mesas de lotería. En ellas la suerte

adoptaba la forma de un florero, de una polka, de un cochinito de barro...

El pregonero de la suerte atraía a la clientela con versos alusivos a la luna, el nopal, el borracho, el barco, la estrella, la catrina. ¡Lotería! Sus gritos provocaban el interés de las fonderas, expertas en guisados picantes, antojitos tricolores y sonrisas veladas.

II

A media mañana se oían tres silbatazos. Era el anuncio de que las monjas estaban a punto de salir del asilo para llevar de paseo a los enfermos mentales y a las prostitutas redimidas que tenían a su cuidado.

El aviso provocaba inquietud, temor y una curiosidad disfrazada de conmiseración por los desamparados. Con las manos atadas, vestidos con ropas temporales y amorfas, los locos parecían espectros. Detrás iban las mujeres que en otros tiempos habían llevado faldas de charmés, blusas escotadas, labios rojos y

sobrenombres como *La Liebre, La Rajada, La Cucha, La Contenta...*

Al final caminaba una pareja de monjas, blancas, lentas, impecables. Con sonrisas modestas pedían que se reconstruyera el espíritu festivo, como si no supiesen que lo desgarraba precisamente la aparición de sus pupilos.

III

La escena se repetía año con año: el mismo número de locos y prostitutas, la misma pareja de monjas. Sin embargo, los habitantes del pueblo tardaban en aceptar esa visión dentro del escenario vestido de colores.

Los violinistas eran los primeros en romper el silencio. Con las notas iniciales de su interpretación se desataban otra vez los murmullos, las risas, los cohetes, los pregones: las voces de septiembre. Conmovidos, los vendedores se acercaban a la procesión de miserables para ofrecerles banderitas, golosinas, juguetes, máscaras. Tales expresiones de generosidad revivían el entusiasmo de las monjas.

A PAGINA 39

11-S: LA ABIERTA HERIDA DEL MIEDO



En víspera de que se cumplan cinco años de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, las repercusiones de esos sucesos continúan: a la fecha se han invertido en el sistema aeronáutico mexicano unos 3 mil millones de pesos en medidas de seguridad, para mantener un "nivel de prevención sólido", según informes de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes. En la imagen, Terry y Karen Willard miran una gigantesca bandera estadounidense colocada en uno de los muros del World Financial Center de Nueva York, en la llamada zona cero ■ Ap